

HOMILÍA.

LA INCREDELIDAD NACE DE LA PERVERSIDAD DEL CORAZON.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

S. Juan, c. 8. v. 46.

La impía pertinacia con que los fariseos persiguieron á Jesus Nazareno, por no verse precisados á observar la ley que les promulgaba, y cuya verdad y justicia tan evidentemente les habia demostrado, se ve hoy reproducida en la páfida obstinacion con que los presumidos filósofos rechazan la revelacion divina, y contra la que se han conjurado con el objeto de eludir el cumplimiento de los preceptos que Dios les ordena por ella: en cuyo caso, ¿cuándo interesará mas el presentar á la consideracion de los fieles los motivos de su creencia? No se me oculta que esta misma verdad puede darse por ofendida al ver que emprendo su apología con peligro de desfigurarla, despojándola de su belleza y atractivos; conozco igualmente que no soy enviado como los apóstoles á unas gentes incircuncisas, rebeldes y obstinadas en resistir al espíritu de la verdad, y sí á un concurso verdaderamente católico; confieso en fin mi osadía, al tomar á mi cargo tan ardua empresa; pero las palabras que acabáis de oír del Evangelio de san Juan, el poderoso ascendiente que va tomando la impiedad, que cual mortífero contagio cunde por todas partes, progresa en todas las naciones,

se llena de arrogancia con sus conquistas, y amenaza insolente devorar al universo, y principalmente las enormes desgracias que han afligido á la España por la imprudencia de algunos que se dejaron seducir al silbido de una falaz elocuencia; todo esto me alienta, y como que me impele á arrostrar todas las dificultades. Espero pues que no llevaréis á mal que procure excitar vuestro celo para la persecucion de ese monstruo, recordándoos en pocas palabras su origen infame y sus terribles efectos; y que trate de averiguar la causa de haberse levantado tantos y tan encarnizados enemigos contra la doctrina de Jesucristo, siendo tan santa y verdadera, para que conocida su intencion, hagáis por arrancar hasta la última raiz del mal, que si continúa, nos conduce á una ruína inevitable.

Yo, Señor, no vengo con el objeto de buscar mi propia gloria; deseo solo promover el honor de vuestra Religion y divinidad: empresa temeraria, como he dicho, si no supiera que vuestra providencia la cometió primero á unos débiles, ignorantes y miserables pescadores. Cuando ménos lo pensaba, he sido llamado á continuar esta funcion de su elevado ministerio á la capital de España, como ellos lo fueron para todo el mundo, y confío en que de un modo semejante me enviaréis vuestro divino Espíritu, para que ilumine mi entendimiento. Así os lo suplico encarecidamente por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Ninguno que sea capaz de discurrir, y discurra sin preocupacion, dudará jamas que la ceguedad verdadera ó aparente del entendimiento en los incrédulos procede por lo regular de la perversidad de su corazon. Quisieran que no hubiera ley alguna, desearian que no hubiese legislador; y de aquí pasan á negar su existencia. Son demasiado terminantes las palabras que en prueba de esto dirige el Salvador á los judíos: vosotros, les dice, no queréis abrazar mi doctrina, *quia ex Deo non estis.* En esto se distingue el espíritu de la verdad del espíritu del error. Los mundanos, los que tienen sepultado en la tierra su corazon y sumergida su alma en el inmundo cieno de los placeres sensuales, estos miserables resisten siempre á la verdad; resisten á las palabras saludables de Dios, que es la verdad misma; estos se someten gustosos al vergonzoso yugo de Lucifer,

se complacen en escuchar sus lisonjeras promesas, sus voces engañosas de felicidad; y de aquí pasan á imitar las detestables obras de este, á quien reconocen por padre: *vos ex patre diabolo estis*.

Aquellos insensatos, dice el Apóstol, que cerrando los oídos á los clamores de la conciencia, se abandonan á las infames pasiones de la codicia, de la sensualidad y disolución, son los que envuelven sus entendimientos en las densas tinieblas del error, inhabilitándolos para percibir la claridad hermosa de la verdad y de la Fe, porque han endurecido primero su corazón en los desórdenes que aquella condena.

Pero no quiero ocuparme en aglomerar testimonios, si mas bien en examinar de cerca la conducta del incrédulo, comparándola con la de los malignos fariseos. Si atendemos á las exquisitas diligencias que practican para informarse de lo ocurrido con el ciego de nacimiento, nos dejaremos seducir creyendo, que su objeto es averiguar la verdad de aquel milagro para decidirse por su autor; mas cuando los vemos resueltos á quitar la vida á Lázaro, porque era una prueba la mas demostrativa de la omnipotencia de quien le habia resucitado, ya no podemos dudar que son unos pérfidos enemigos de la verdad, que no tansolo le cierran obstinados y pertinaces las puertas de su corazón, sino que ademas hacen todos los esfuerzos posibles por impedir que la conozcan y abracen los demas. Del mismo modo los herejes, cuando hacian disimuladamente la guerra á alguno de los mas sublimes misterios, oponiendo las dificultades insuperables, las aparentes contradicciones en que se estrellaba á cada paso la razon, pudieran tal vez persuadirnos á que, deslumbrados con un vano fantasma de verdad y sabiduría, trabajaban de buena fe por averiguar la doctrina verdadera y poder prestarle un asenso firme: no así ahora que se ha descornado el velo con que en algun tiempo ocultaban sus infernales proyectos. En nuestros dias no se hace la guerra á los misterios, cuya creencia exige el sacrificio mas completo de una razon orgullosa; se impugnan las verdades que por su solidez se han hecho palpar por los hombres de todos los tiempos y países; se ataca la verdad en sí misma. Ya no se contenta el incrédulo con negar un misterio por la dificultad que contiene; o pone á él otros que solo pueden haberse forjado en el mayor acceso de un frenético delirio, y que es absolutamente imposible que crea

él mismo. El necio materialismo, el fatalismo, el monstruoso aborto de negar la existencia de los cuerpos, cuantos absurdos han podido inventar los antiguos filósofos, toda vez que han intentado apurar los misterios de la naturaleza; todo, todo lo ha reunido con el mayor esmero la filosofía moderna, añadiendo sus imposturas é invenciones, para negar la Providencia, la revelacion, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios y de su ley.

Yo no sé por qué monstruosa inconsecuencia el filósofo, despues de haber entronizado su razon, la deprime hasta destruir la completamente, consumiendo su talento en querer persuadir al hombre que nada absolutamente puede saber, que es muy dudoso su origen, é imposible de preverse su fin; que no puede averiguarse si hay en él una sustancia espiritual, ó si es toda materia como el bruto; que aún no ha llegado á apurarse si goza de libertad, ó si obra necesitado por su misma naturaleza ó á manera de un autómató, por una fuerza extrínseca que él no descubre; que nadie puede estar seguro de que existen fuera de su fantasía esos seres que se le presentan como reales. Y ¿á dónde os parece que se dirigen unas dudas tan indecorosas á la razon, tan depresivas de la dignidad del hombre? A dónde? Admiremos la sinceridad de los nuevos sabios: pretenden conducirnos á una duda universal, para poder inferir con la mas completa seguridad, que no hay Providencia, que no hay Religion, que no hay Dios, que no hay ley.

Hé aquí en dos palabras el motivo por que se resisten los incrédulos á la doctrina del Evangelio; porque les impone la obligacion de someterse á la ley, de sacrificar su orgullo, de reprimir sus pasiones, de violentar sus deseos; porque quieren vivir sin temor, sin remordimientos, sin trabas de ninguna especie.

Se levantó el insensato contra Dios, y para seducir á sus semejantes, rompamos, les dice, las duras cadenas; sacudamos el yugo insoportable con que quiere tenernos esclavizados la Religion. Aunque no fueran tan terminantes las palabras del real Profeta; aunque Jesucristo no asegurara, que solo resisten á su divina palabra los que, como hijos del diablo, quieren obrar conforme á los deseos que les inspira su detestable padre; aunque el Apóstol no hubiera profetizado con tanta claridad, que llegarían tiempos en que unos hombres orgullosos se declararían

enemigos de la verdad y perseguidores de la Fe, para sacudir el yugo de la dominacion; las expresiones mismas de los incrédulos lo ponen ya de manifiesto. Quitáronse la máscara que habia ocultado sus designios: *projiciamus à nobis jugum ipsorum*, dicen (1) con el mayor descaro: somos independientes!!! El don mas apreciable de la naturaleza es la libertad; esa dulce y encantadora libertad á que nadie, nadie absolutamente puede poner límites. Somos independientes!!! y los mas acérrimos son fatalistas. Somos independientes: á nadie debemos doblar la cerviz: la sumision es indecorosa, nos envilece y degrada. Nadie tiene derecho á dictarnos leyes, ni aun la Religion.

La Religion...! Y ¿qué es la Religion sino un vano fantasma que inventó la política de los tiranos, para esclavizar á los pueblos, y sostuvo la ambicion astuta y disimulada de los sacerdotes, para hacerse dueños de los mismos tiranos? Hagámosles pues á un tiempo la guerra: *projiciamus à nobis jugum ipsorum*. Ataquemos á la Religion, y perecieron los reyes; rompamos los cetros, y queda sin apoyo y por tanto destruída la Religion. Unamos nuestras fuerzas y hagamos un inviolable juramento de no desistir, hasta que gocemos la satisfaccion de ver ahorcado al último de los reyes con las tripas del último sacerdote. Olvídense en el mundo, quede sin significado el ominoso nombre de potestad y superior; no haya otra ley que la de la fuerza y de la astucia.

Qué! os admira mi lenguaje? ¿suponéis que mis expresiones son dictadas por un celo excesivo, indiscreto? Tomád en vuestras manos esos libros... Qué iba á aconsejaros? insensato! tomádlos, sí; pero para arrojarlos al fuego, no para convencerlos de que aseguran sus autores lo que acabo de decir. Por otra parte ¿á qué ese obstinado empeño de negar sin razon alguna la existencia de otra vida? El que tanto ansia morir como el bruto, es bien seguro que no piensa vivir como el ángel. ¿Á qué ese monstruo filosófico de que el estado de sociedad es violento para el hombre? ¿á qué ese prurito por la vida patriarcal que en su idioma no se diferencia de la vida que viven las fieras en la selva? ¿á qué establecer la propia utilidad por único regulador de la justicia? Á nadie pueden ocultarse los errores

(1) *Psalm. 2. v. 3.*

consiguientes á estos delirios. Miserables! no advierten que son cogidos en los lazos que temerarios han armado contra la Religion: ellos mismos publican por ese medio que la Religion, y sola la Religion es el apoyo de la sociedad; que sola la Religion es la que asegura la paz, el órden, la felicidad de los pueblos; que sola la Religion del Crucificado es la que garantiza los derechos de los súbditos respecto á sus soberanos, á quienes obliga á circunscribirse en sus límites.

Así es en efecto, señores: sin Religion, sin la idea de una ley superior á todas las criaturas, sin el temor de una justicia invariable y eterna, ¿tendrá otro deber el hombre que el cuidado de su propia comodidad? Si tiene por conducente para ello el fraude, la traicion, el robo, la calumnia, el asesinato, el parricidio, todos los crímenes, todos los horrores, no solo se supondrá autorizado, mirará como un deber valerse de todos ellos. Seria, dice un filósofo nada preocupado, seria el mas insensato de todos los hombres, si no lo hiciera. Y quién seria capaz de contenerle? La ley? Nadie le puede obligar á su cumplimiento. El pacto forjado en la cavilosa fantasía de los incrédulos? Cuando fuera real, ningun dominio tenian sobre su libertad los contratantes; y aunque el mismo lo hubiera firmado con mil juramentos, ninguno tiene la menor fuerza en el momento que le sea gravoso su cumplimiento. El castigo? Baste repetir lo que decia otro filósofo, á saber, que abolidas las ideas de Religion, ninguno debe ser castigado por sus delitos, sino por la fatuidad de no saber ocultarlos. El castigo! ay! Ellos mismos observan que sin Religion solo sirven los castigos para exasperar á los delincuentes y acrecentar infinitamente los crímenes. Sufocados los sentimientos de Religion, nos dicen, cuanto las leyes son mas severas y mas rigurosas las penas, tanto son mas fáciles y frecuentes las convulsiones políticas y mas terribles las insurrecciones de los pueblos.

Si queréis por último conocer á punto fijo el origen y resultado de la incredulidad, oíd al real Profeta que lo describe en pocas palabras, cuando se lamenta de la suerte fatal que cabe á los pueblos habitados por los impíos (1). No haya Dios, dijeron en su corazon, porque del todo se habia ya corrompido por sus abominables deseos: sus lenguas infernales no son capaces

(1) *Psalm. 13.*

de moverse sino para engañar y seducir; y bajo las halagüeñas promesas de felicidad tienen escondido en sus labios el veneno mortífero de una completa desolación: sus bocas detestables rebosan maldiciones y amargas, y sus piés corren con extraordinaria velocidad á derramar la sangre de sus hermanos. Por donde quiera que caminen, llevan consigo el dolor y la miseria; y jamas llegan á abrigar miras pacíficas hácia sus semejantes. Los mismos incrédulos se ven precisados á confesar esto, cuando no admiten otra ley que la de la fuerza.

¡Desventurada nacion la que abrigue tales monstruos en su seno! La opresion, la alevosía, la guerra, el fuego, la desolacion... mi ánimo desfallece al contemplar tan horroroso cuadro; pero él es el resultado infalible de la incredulidad. Sin embargo es tal la desfachatez y osadía de sus adeptos, que llegan á atribuir á la Religion todos estos horrores. Ella es, dicen, un fecundo manantial de trastornos é infelicidades; ella disminuye la poblacion con el celibato de un exorbitante número de ministros; ella arruina las clases productoras, para mantener el fausto de los templos, el aparato de las solemnidades y la avaricia de los clérigos; ella reprime la libertad que ha concedido al hombre la naturaleza; ella se opone á los progresos de la civilizacion; ella reprueba los medios indispensables para promover la felicidad del estado; ella...

Ah Religion santa! Religion divina! qué sabrian, si no fuera por tí, esos presumidos filósofos? Oh! y cuando á las luces que tú les prestas, deben esos adelantos cuyo descubrimiento te usurpan, te conceden en recompensa el baldon y los insultos. ¡Tú impides los progresos de las ciencias, porque mandas el temor de Dios, que es el principio, la fuente de la verdadera sabiduría! ¡tú fomentas la ignorancia, porque no asientes á que los hombres obcecados se precipiten en el abismo del error, colocándolos en la senda única capaz de conducirlos al descubrimiento de la verdad! ¡Porque prescribes el culto del verdadero Dios, que es el dueño absoluto de todos los entendimientos y de todas las facultades, dicen que no hay en tí otra cosa que tinieblas, ignorancia, errores y absurdos! ¿De qué se glorían esos hombres infatuados, les dice un profeta, si no conocen al Señor, cuya existencia les predicán elocuentemente todas las criaturas? Qué! porque un rústico por la expedicion de sus ojos pueda ver perfectamente los mas imperceptibles resor-

tes de una máquina, ¿se creará mas sabio que el ingenioso artífice que la inventó? ó negará la habilidad y hasta la existencia del maquinista? Si la filosofia con tantos sistemas llenos de adornos, pero faltos de solidez; ingeniosamente combinados, pero sembrados de absurdos y contradicciones; si hubiera conseguido formar, no otro universo, sí solo una hormiga, un solo átomo; si en fuerza de tantas investigaciones y experimentos hubiera logrado, no hacer inmortal á un solo hombre, sí solo prolongar algun tiempo su vida sobre la época regular, dar la vista á un ciego de nacimiento; si hubiera llegado á realizar el imposible, confesado por su jefe, de componer una sociedad de impíos... vuestra razon ¿alcanza todo aquello á que se hubieran atrevido en estos casos? Yo os aseguro que mi mente vaga en la inmensidad del espacio, cuando se detiene á reflexionar sobre este asunto. Pero, ay! que por cualquier lado que lo mire no descubro sino horrores y desgracias. ¿Qué esfuerzos pues no debemos hacer por destruir, por aniquilar ese monstruo, que al fin pudiera llegar á envolvernos?

Potestades de la tierra, esta gloriosa empresa es exclusivamente vuestra. El Autor de vuestra existencia y Señor de todo el universo ha tenido á bien cederos una porcion de su soberanía, para que hagáis observar estrictamente á vuestros súbditos las leyes de su adorable providencia. Si les impone la obligacion de obedecer al César, es á fin de que este les compela en el modo posible á someterse á su omnipotente voluntad, haciéndole responsable del mal que no haya evitado pudiendo. La muerte que iguala las condiciones de los hombres, os hará comparecer con vuestros súbditos ante el juez inexorable, que os hará cargos tanto mas terribles, cuanto mas amplia fué la autoridad de que os constituyó depositarios. ¡Ay de vosotros, si los pueblos pueden argüiros con fundamento, que vuestro descuido es la causa de su infidelidad y de su reprobacion! Yo me guardaré de criticar en tiempo alguno la conducta de los gobernantes, y compadezco siempre su suerte, porque precisados á ver la mayor parte de los negocios por ojos ajenos, atraen sobre sí la responsabilidad de las providencias que no sean acertadas: tampoco tendré la temeridad de entrometerme en los asuntos políticos: *tractent fabrilia fabri*: mas inculcaré sin cesar en que se interesen aquellos de veras en la prosperidad y gloria de sus pueblos y consagren especialísimamente sus

desvelos á conservar en toda su pureza la Religion y la ley santa del Señor; á arrancar de su suelo hasta la última raíz de la impiedad; á desterrar esas armas morales que ocasionan mas estragos que las físicas; esos escritos que difunden á todas partes el gérmen de la incredulidad. Levantaré mi voz y clamaré con todas mis fuerzas, que el freno solo de la Religion es capaz de contener al incrédulo en los límites de su deber. Repetiré á cada paso que sin Religion de poco ó nada sirven las leyes, los tribunales, los castigos, las recompensas; y que por el contrario, la Religion pura y verdadera, dominando en el corazon del legislador, del magistrado, del juez, del sacerdote, del militar y del pueblo, asegura la comun prosperidad. Ardua es la consecucion de mis deseos, lo confieso; pero uniendo nuestros votos, y clamando al Señor para que asista en sus disposiciones á los que nos gobiernan, con el espíritu de su sabiduría, rectitud y justicia, diciendo: *Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis*, seguros debemos estar de que se establecerá el órden, se consolidará la tranquilidad, será verdadera la libertad de que disfrutemos; esta nacion será admirada de las otras por su catolicismo, temida por su poder, amada por su integridad; finalmente los magistrados por su celo y piedad, los súbditos por su obediencia y fidelidad, y todos por nuestra fe y Religion viviremos contentos en esta vida y seremos felices en la otra. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS ILUSIONES DEL AMOR PROPIO.

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE BOCANEGRA.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?... Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?... ¿No decimos nosotros bien que eres un samaritano y que tienes demonio?

S. Juan, c. 8. v. 46 y 48.

¡Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el día de hoy, vemos por experiencia que el vestido con que procura cubrirse, es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira á lo ménos á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habéis oído en las palabras de mi tema; á una reconvencion tan justa como la que se contiene en esta expre-